

La calle para el jueves 30 de octubre de 2008
Diario de un espectador
El funeral de doña Jesusa
por miguel ángel granados chapa

Jesusa Rodríguez ha sido conocida en los ambientes cultural y del espectáculo por su papel como actriz, autora y directora de piezas innovadoras, y como promotora junto con su compañera Liliana Felipe de El hábito, un reunidero muy animado en Coyoacán que ahora tiene una nueva administración. Jesusa se ha hecho aún más notoria, en los dos últimos años, como activista al lado de Andrés Manuel López Obrador, cuyas reuniones masivas son alegradas y estimuladas por la combativa actriz.

Padeció hace no mucho la muerte de su señora madre, su tocaya, doña Jesusa Ramírez Gama, y escribió un relato sobre su funeral, que aparece en el número 38 de *Debate feminista*, correspondiente a octubre:

“Todo comenzó la noche anterior a su muerte. A las dos de la mañana Gabriela mi hermana me llamó muy alarmada, mi mamá estaba agitada y se le notaba exhausta (tras peregrinar por cuatro hospitales había librado una difícil operación y ya instalada de regreso a casa, llevaba un largo mes luchando por la vida que tanto amó)...A eso de las tres de la mañana se calmó, y Benjamín y Gabriela se fueron a dormir. Yo me quedé a acompañarla y fue una de las noches más inquietantes y profundas que he vivido. Mi madre hablaba al vacío con un personaje con el que no se llevaba nada bien –seguramente era la muerte, a la que nunca quiso. Cada vez que yo iba a la cocina a calentar un cojincillo que ella adoraba sentir en el cuello, la escuchaba discutir con aquel invisible personaje, pero cuando yo volvía con el cojincillo, la discusión paraba y ella volvía a estar aquí conmigo, como si nada hubiera pasado”.

Tras otra noche de agonía, doña Jesusa falleció. Su tocaya había salido a desayunar y cuando fue avisada, llegó “corriendo otra vez, pero ahora mi mamá ya no respiraba. Mi primer impulso fue darle respiración boca a boca y sentí que me lanzó a los labios su último suspiro. Le toqué el pecho, su corazón se había parado. No había duda, mi mamá había muerto.

Todos quedamos pasmados –si es que hay una palabra para describir ese estado. Entonces comenzó algo muy especial que habría de durar los siguientes nueve días: algo especial emanaba de su cuerpo, además de su propia belleza y quietud. Como si ella misma lo fuera ordenando, comenzamos a embellecer todo a su alrededor. Primero que nada, a vestirla como a ella le hubiera gustado: un suetercito blanco muy calentito (siempre fue muy friolenta) con un huipil blanco y negro bordado por las mujeres amugas de Guerrero y su rebozo dorado de santa María, que tanto quiso y tanto usó. Después arreglamos su cama, esa cabecera que ella misma talló en madera cuando era joven, junto con dos repisas, y que milagrosamente conservó durante sus noventa y un años, a pesar de los cambios de casa y los avatares de toda una vida.

A ella siempre le gustó vivir rodeada de belleza; a los pocos minutos de su muerte ya la envolvía un aura deslumbrante. Entonces empezaron a llegar las flores, ¡muchas, muchas flores!. Poco a poco su habitación se iba llenando de aromas y de colores. No fue sino hasta la noche siguiente cuando nos dimos cuenta de que aquella habitación era algo más que un cuarto lleno de flores. La recámara se había convertido en el retrato de su alma, un alma sencilla, alegre, llena de humor, de amor y de belleza. Todo en aquel jardín de flores vibraba y ofrecía consuelo a nuestros adoloridos corazones. Una pequeña buda fue mi madre, una flama dulce, un surtidor de ingenio, una razón para existir.

Siempre fue aguda, generosa y divertida; y esa alegría la repartió a cuanta gente pasó cerca de ella, teporochos o potentados, todos merecieron su afecto. Ahora ese cariño le era devuelto en flores, tal vez las ¡muchas flores! que ella anticipó la última noche de su vida”.